

alianzas y fidelidades en torno a una clase social que no les era propia⁶, pero que les brindaba cuidados y protección como un requisito de trabajo. Así, estos niños padecen un no «tener» que no surge de las entrañas, como en el caso de Genet, pero sí se gesta y subyace durante la crianza. La necesidad de encontrar afecto entre los mendigos que merodeaban la casa de San Isidro, era la excusa que la niña Silvina contraponía a las reprimendas por la elección de tales amistades, indeseables para los mayores y sumamente atractivas para ella⁷. Las declaraciones de la autora sobre las afinidades electivas en su infancia atestiguan lo comentado, pero también tintinean como referente lejano cuando se analizan ciertos cuentos.

Los protagonistas de «Anillo de Humo» (*Las invitadas*), sea el caso, una pequeña niña de familia honorable y su amigo grande —«sinvergüenza y ladrón» para los adultos y extremadamente atractivo por el «prestigio que le daba la pobreza» para la niña— se encuentran en los descampados de las orillas de la vía del ferrocarril para fumar o compartir soledades y juegos no proclives a las buenas costumbres.

En otros casos, las narraciones de Silvina Ocampo ensayan posibles desvíos y transgresiones a estos pactos entre clases antagónicas; amos los unos y criados, el resto. Y si en «Anillo de Humo» es un padre honorable el que se escandaliza por las amistades no confiables de su hija, en «El pecado mortal» (*L.I.*) la protagonista, una pequeña en vísperas de su ceremonia de comunión religiosa, es la que azorada padece culposa el abuso perverso al que la somete, precisamente, el sirviente a cuyo cuidado la confían sus padres; pero quizá sea en el cuento «La muñeca» (*Los días de la noche*) donde la problemática del abandono de los niños, la adaptación a un medio otro y la aceptación o rechazo de un nombre otorgado por aquellos que sustentan el poder —drama original de Jean Genet— alcanzan mayor relevancia. En primer lugar y en relación a la posibilidad de nombrar o de otorgar a las cosas un nombre, habría que señalar que Silvina Ocampo ha afirmado:

«Hay que inventar palabras para que los lugares o los objetos no queden sin un nombre que uno quiere pronunciar (...). Hay una serie de cosas que no tienen nombre. Uno siente que hay algo defectuoso en el idioma cuando sucede eso... nombrar lo innombrable (...). No se puede tener nada que no

⁶ Un análisis minucioso de los personajes niños/as terribles y sus conflictos en «La nena terrible», Blas Matamoro en *Oligarquía y literatura*, Ed. del Sol, Buenos Aires, 1975.

⁷ «En ese entonces cerca de San Isidro vivían muchos chicos pobres, a mí me parecían tan superiores a los que nos visitaban, mucho más divertidos que mis primas que eran unas pavotas, unas inútiles... Siempre me quedó la añoranza de la pobreza...» Esta y otras revelaciones de la autora referidas a la pobreza, la riqueza y sus amistades infantiles en: Genial, tierna, tímida, imprevista, imaginativa. Reportaje de Hugo Beccacece en *La Nación*, de 28 de junio de 1987.

tenga nombre, es como si se hubiera escapado de tu casa y lo hubieras perdido...»; sin embargo, en seguida la duda acecha a la certeza: «¿cómo colocar un nombre en algún lugar que no lo tiene?»⁸.

La pregunta, podría pensarse, ensaya una respuesta en el cuento «La muñeca» e indicia una lectura. El relato convoca la historia de una mujer cuya edad y cuyo origen ella misma desconoce; una mujer que reniega de su ser que es adivinar el futuro. La incertidumbre sobre su edad y su origen se expande a su «Ser Adivina», si se quiere, al «hacer» de sus palabras de adivina («Sospecho a veces que no adivino el porvenir, sino que lo provooco»). El cuento reconstruye, retrospectivamente, en primera persona, la infancia del personaje y se detiene en el preciso instante en el que la *nombra* adivina.

En el transcurrir del relato, la mujer recuerda a aquella niña de su infancia en el intento de reconstruir la imagen de una madre negada, buscando retazos de versiones múltiples y encontradas en las historias y fotos trucadas a su alcance; conserva, sí, el calor de unas manos negras y arrugadas, y los latidos de un pecho chato de una vieja muy humilde que la cría mientras trabaja —es criada— en casas de bien, aunque por motivos no muy claros en sus recuerdos, la vieja la abandona en una de esas casas para que los niños pulcros que la habitan se entretengan con ella. La vida allí no resulta fácil para la huérfana sin nombre hasta que con sorpresa descubre su capacidad de predecir y con el tiempo, el poder que le otorga su práctica. Una sirvienta de la casa es la que primero le revela, casi insultándola, su condición: «“Bandida, serás una bruja”. ¿Qué quería decir “bruja”?» Así, la voz azorada de la niña y la voz sin autorización que la nombra se confunden en una espera que culmina en el momento en el que la palabra legalizada del ama le confirma su ser: una «bruja», que simultáneamente es atestiguado por el eco de la distinción de clase; un *Sorcière* salido de los labios de la institutriz francesa.

El «eres un ladrón» que acusó al niño Genet se transforma, según Sartre, en una acusación perpetua de todos los labios que nombran y todos los ojos que miran y penetran en el escritor transformado en «el placer del ladrón». En *Las criadas*, ese placer ficticio de falso propietario que no posee nada, pero se toma el derecho de poseerlo todo, se traduciría en la necesidad de las criadas de apropiarse de los vestidos, los ademanes, las pasiones, el habla del ama durante la ceremonia ritual. En la narrativa de Silvina Ocampo, por su parte, el ser que recibe el personaje de «La muñeca», signado por la carencia y el abandono, la autoriza a apropiarse no de las cosas, sino del tiempo y los actos de la vida de los que creen detentar el poder y,

⁸ Ver Encuentros con Silvina Ocampo, Noemí Ulla, Editorial Belgrano, Buenos Aires, 1982.

al mismo tiempo, ese «hacer» concreto del personaje –la adivinación– aporta a la escritura una matriz narrativa. Pero hay algo más que desestabiliza la lectura y, en cierto modo, afirma el eje del trabajo: en la primera edición del relato aparecida en la revista *Sur* –una versión que podría considerarse idéntica a la versión de «La muñeca»– el título es «Yo»⁹. Un cambio y un gesto deíctico que señalan, desplazan y enriquecen la narrativa de Silvina Ocampo.

Lejos de pretender una lectura biográfica, los movimientos sugeridos fundan la hipótesis de que los materiales que constituyen los cuentos de Silvina Ocampo y, probablemente, también sus resoluciones, remiten a conflictos y tensiones sociales cribados por una mirada sutil e inquisitiva. El arte, sugiere Georg Simmel, es «una totalidad autónoma» a partir de fragmentos fortuitos de realidad¹⁰.

IV. Amo y esclavo: *Las criadas* en *Sur*

La recepción que la publicación de la obra *Las criadas* de Genet tuvo en *Sur* desencadena un contrapunto de voces en torno a la problemática que nos ocupa. La versión castellana de la obra es de José Bianco, aparece en el número de agosto de 1948 de la revista y va acompañada de un comentario elogioso firmado por J. J. Rinieri¹¹. Si se tiene en cuenta que la primera edición en francés de *Las criadas* son de 1947, y que la puesta de Louis Jouvet en París es del mismo año, se puede decir que *Las criadas* llega a Buenos Aires, vía *Sur*, casi simultáneamente. Bianco había visto la obra en París, se había impresionado con ella y adquirido los derechos de traducción para publicarla¹². Dos meses más tarde en el número 168 de la revista, aparece un artículo titulado «A propósito de *Las criadas*», firmado por Victoria Ocampo, en el cual la autora manifiesta su indignación ante esta obra en particular, y en general, por la literatura de Jean Genet. Descalifica el entusiasmo de José Bianco y de J. J. Rinieri acusándolos de estar influidos por una moda –«new look literario»– a la que Victoria denomina «literatura sórdida»; y sin preámbulos ni rodeos caracteriza a dicha literatura por la afectación de creer «que la m... es más verdadera que la rosa» o de considerar «que sólo la m... existe, mientras

⁹ Cf. *Revista Sur*, n.º 272. Buenos Aires, septiembre-octubre de 1961 (págs. 47-57).

¹⁰ Cit. en *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin de David Frisby*, Ed. Visor, Madrid, 1992.

¹¹ Cf. *Revista Sur*, n.º 166. Buenos Aires, agosto de 1948 (págs. 7-50).

¹² La versión definitiva y publicación en francés de la obra es el 1958. La versión de la obra en la Ed. *Sur*, con traducción de Bianco, es de 1959 y la primera edición de Losada es de 1964.